

DOS MISTICOS ESPAÑALES:  
EL GRECO  
Y  
SANTA TERESA

Por: Margarita Balmaceda

El Siglo XVI aparece como un gran sol en la historia española. Es el siglo de la conquista de los grandes imperios americanos. Balboa descubre el llamado "Mar del Sur". Cortés convierte a Moctezuma en vasallo de Carlos V. Y no sólo era el afán por el oro; "...sobreponía a toda codicia y a toda ansia de lucro y aún a su propio instinto de conservación su deseo de derribar los ídolos y establecer en su lugar el crucifijo y la imagen de Nuestra Señora."<sup>1</sup>

Pizarro completó la aventura de la conquista del Perú con la deplorable muerte del así mismo cruel Atahualpa. Un mundo nuevo se abría a los españoles. Al insaciable afán de aventuras, al extraordinario deseo de un rápido enriquecimiento, al concepto nómada de la vida, se unía también... "un espíritu de misión y de justicia vinculada al misticismo de una minoría de personas que -- a lo largo del siglo XVI -- habían venido tratando de vincular a Castilla con un destino evangelizador. Dicho misticismo, acrecentado con las predicaciones (y realizaciones) integristas de la época de los Reyes Católicos, iba acompañado de un fuerte deseo de acompañar un orden justo".<sup>2</sup>

En la península, con el advenimiento al trono de Carlos I de España y V de Alemania, en 1516, se desencadena una fase de prosperidad. Tal vez ésta se sobrestimó o cegó a los españoles el brillo del oro americano. Porque con la capitulación de Carlos y el advenimiento de Felipe II a mediados del siglo XVI comienza la decadencia española. Fue una época de conflictos. Se presentó la necesidad de una defensa contra el Islam como una angustiosa urgencia para el pueblo español. Felipe II nombró a su hermano bastardo, Juan de Austria, jefe de sus tropas contra la revuelta de los moriscos en Andalucía. Esto ayudó a contener el poder turco en el mediterráneo hasta que la batalla de Lepanto dio una espectacular victoria a los países europeos de la "Liga Santa".

Otro poder presionaba sobre Felipe II y era el protestantismo al norte de Europa. Intransigente, Felipe gobernaba los Países Bajos con alteza y arrogancia, a través de Margarita de Parma, su media hermana. Se rebelaron los herejes, las tropas españolas del rey sostuvieron guerras devastadoras, cuyas causas sociales, políticas y religiosas las aunó Felipe en una sola. Así lo manifestó en una carta escrita a su embajador en Roma: "Y así podréis certificar a Su Santidad que antes de sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religión y servicio de Dios, perderé todos mis estados y cien vidas que tuviere..." (citado por Sánchez-Albornoz, España, Un enigma histórico, Vol. II.)<sup>3</sup>



El Greco: La Oración en el Huerto



El Greco: Entierro del Conde de Orgaz

Este siglo de esplendor y de crisis fue tierra fecunda para la producción artística y literaria. El choque del idealismo con la realidad, la confrontación de enfoques religiosos diferentes, favoreció el intenso fervor religioso, produciendo así los grandes místicos españoles, dos de los cuales son el objeto de este estudio: el Greco, artista del pincel, y Teresa de Jesús, artista de la palabra.

La esencia del misticismo está en la comunicación directa con Dios. El origen de esta palabra se remonta a la religión de los misterios, en la antigua Grecia, donde el que poseía el "secreto", el iniciado, era llamado el "mystes". Fue usado por primera vez el término misticismo en el mundo occidental por Dionisio Aereopagita, en el siglo V, quien se dice fue el primer obispo de París. Según él, hay tres etapas conducentes a la identificación con Dios: purificación, iluminación y visión, habiendo adaptado estos términos de aquéllos usados en la iniciación de los misterios del Eleusis. La fuente directa del misticismo dionisiaco (del dios Dionisios) se halla en el Simposio de Platón donde se describe a Eros como el medio de la comunicación directa del hombre con Dios.

Ha habido, y hay místicos en diversas épocas y religiones. Esta experiencia transcendental no se limita a ninguna raza ni nacionalidad. Es una experiencia humana, pero, como en los antiguos ritos de los misterios griegos, sólo para los escogidos...

Entre los místicos, podemos nombrar a Tomas á Kempis, Santa Catalina de Siena, al asceta San Francisco de Asís, a los monjes del Monte Athos de la iglesia ortodoxa griega. Hay algo de místico en Pascal y también en el autor de la "Teología Alemana" (un desconocido que influyó grandemente sobre Lutero, quien publicó su obra), en el herrero de Sajonia Jacob Bohm, autor de "Aurora"... No importa ni el nombre que lleve el místico, ni sus características particulares, el sello que le distingue es su experiencia de una comunicación directa con Dios.

¿Cómo se manifiesta esa experiencia directa con Dios? ¿Cómo se expresa el espíritu humano? A través de cierta formulación externa...del movimiento... de la palabra oral o escrita... a través de las artes...

Dentro del campo de la pintura ha habido ciertos artistas que se han destacado como "místicos". Citemos como ejemplos al alemán Matthias Grunewald, con su desgarradora "Crucifixión" de Isenheim, o su plasmación pictórica de extáticas visiones o a William Blake con sus arcángeles de flamígeras alas, mudos testigos imperecederos de una experiencia espiritual íntima. El color, la forma, la línea, el uso de la luz: éste es el lenguaje del artista y un medio de expresión tan válido como la palabra para el literato.

El Greco despunta, no sólo en el arte español del siglo XVI, sino en el arte español total, mas aún en el arte universal.

y ¿por qué? Por esas características que su obra manifiesta, por ese estilo "místico" tan suyo, tan personal.

En Creta, donde Dominico Theotocópuli nació y creció, aprendió no sólo pintura, sino también la filosofía de la antigua Grecia y la Teología del cristianismo bizantino. Cayó esta semilla en un alma de intensa vida interior. Hasta su mismo nombre, Dominico, (Kuriakos) significa "perteneciente al Señor" y su apellido Theotocópuli, "hijo de la madre de Dios".

Pero necesita un ambiente creador. En Venecia se familiarizó con la obra del Ticiano, de Tintoretto, de Coreggio. Allí bebió del color de los venecianos, saciándose . Tal vez las líneas negras demarcadoras de las figuras del "pequeño teñidor", Jacopo Robusti, dejaron también huella indeleble en la mente del Greco, y ayudaron a plasmar obras de gran contraste en luces y sombras. "Pero su genio místico, de griego y de oriental, no podía madurar allí, al lado de Ticiano y de los otros grandes maestros henchidos de fausto sensual. Menos aún en Roma, con los manieristas que habían sucedido a Rafael y a Miguel Angel..."<sup>4</sup>

Llegó a España, donde su genio místico floreció plenamente... "Dejóse penetrar al llegar a Castilla, no sólo por aquel otro humanismo nacional, más horaciano, apacible y familiar, de Fray Luis de León, sino por el típico misticismo español, el del maestro Juan de Avila, el de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, ardo-

roso, sutil e intelectualista de un lado, y de otro, contemplativo y recogido".<sup>5</sup>

De Madrid pasó a Toledo, ciudad de la que vio la plenitud y también la decadencia. Porque así como Lepanto marcó la gloria de la política exterior española, la derrota de la Armada Inven- cible, diecisiete años después, en 1588, fue el azote que precipitó la ruina de España - y de Toledo.

Era Toledo un ambiente propicio para el desenvolvimiento de la mística. "Santa Teresa había escrito allí, en Toledo, parte de 'Las Moradas' y el final de 'Las Fundaciones'; y, en efecto, no se comprende ambiente más adecuado para la tensión creadora de la insigne mujer, en cierto modo paralela a la de Theotocópuli".<sup>6</sup>

Casi siempre los temas del Greco son bíblicos. El aire es misterioso, como si fuera producto de un sueño. Uno de los objetos más interesantes de analizar son sus nubes. "En ocasiones, esta gravidez y materialidad de las nubes tienen mucho de las que se ven en sueños; tales como algunas de las que aparecen en sus 'Crucificados', y, sobre todo, en sus 'Oraciones en el Huerto'. A muchos viajeros, a todos los que tienen una resonancia oriental en su conciencia, les conmueve y subyuga el espectáculo de las nubes cotidianas lo mismo que el Greco; ... y no hay que decir que la nube aparece también en los sueños de los místicos, por ejemplo, en Santa Teresa".<sup>7</sup>

Otro aspecto interesantísimo e inconfundible en El Greco son sus manos: manos de mariposa, manos de paloma. Gómez de la Serna dice exactamente: "El Greco encontró que la palabra del cuadro está en las manos pintadas, y por eso dio tanta unción a sus manos". Así Unamuno, cada vez que pasaba por Toledo visitaba "El entierro del Conde de Orgaz", para ver las "manos aladas".

El estilo del Greco es ascensional y místico. Es el plasmar de una realidad que él vivió en su intimidad. Entre los libros que dejó en su biblioteca se encontró "La Teología Mística" de Dionisio Aereopagita. Tal vez esta obra ayudará a realizar en El Greco su inquietud espiritual. Así como una oración, se elevan las figuras en los lienzos de este artista. Figuras retorcidas y alargadas, tal vez la materialización pictórica de la lucha entre el cuerpo y el espíritu, entre el bien y el mal, entre la sombra y la luz. De todos modos, denotan ansias de comunicación de un hombre con Dios.

Si bien El Greco fue el gran místico de la pintura española, Teresa de Jesús fue la gran mística y la gran mujer de letras. Producto de su época, hija también del siglo XVI, unificó sus ansias de soledad con las necesidades sociales de fundación y reforma. Avila vio nacer en 1515 a Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada, de padres humildes pero también nobles.

Como en el místico artista se encontraron, fundiéndose la herencia oriental con la estancia occidental, fructificando en cuadros de una maravillosa espiritualidad, así en Teresa su estirpe

noble, unida a la humilde condición de su familia, produjeron campo propicio para el desarrollo de una vida de intenso misticismo. Fue la "mujer fuerte": desde su primera fundación del convento de Carmelitas Descalzas en 1562, donde estableció la Regla en toda su austeridad original, no descansó habiendo completado a su muerte treinta y dos fundaciones.

También fue escritora, por obediencia. El libro de su vida, el libro de sus fundaciones, sus "Cartas", "Camino de Perfección", "Conceptos del Amor Divino", "Las Moradas" nos muestran bien su historia, la reforma de las carmelitas o su itinerario espiritual y manifestación de experiencias místicas.

El "Castillo Interior", o "Las Moradas" es obra de su edad madura, casi de su vejez. Sin embargo, muestra una mente completamente lúcida, fecunda en imaginación. Es el producto de una vida de contradicciones e injurias, de malos entendidos, de choques. Sin embargo, es un libro sin amargura, de gran vuelo espiritual al mismo tiempo que positivo, de vívidas metáforas. Si El Greco usa la forma cambiante y ascendente, llena de fervor religioso, Teresa hace vibrar la palabra con el toque de su espiritualidad mística. Comienza considerando "...nuestra alma como un castillo todo de diamante o muy claro cristal, donde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas..."<sup>9</sup>

Al describir la sexta morada, Teresa nos pinta el " 'vuelo del espíritu': aunque todo es uno en la sustancia, en lo interior se

siente muy diferente, porque muy de pronto algunas veces se siente un movimiento tan acelerado del alma. que parece es arrebatado el espíritu por una velocidad que pone harto temor,... y notablemente, con más impetuoso movimiento es arrebatada: y tomaba ya por sí no hacer más que hace una paja cuando la levanta el ámbar.."<sup>10</sup>  
¿Qué mejor visión de este vuelo espiritual que las obras del Greco, como "La Asunción de la Virgen", con sus figuras desprovistas de peso y alargadas por el concepto ascensional del artista?

La poesía de trascendentales vuelos de Santa Teresa tiene implícita en sí la línea ascensional. Célebre es su Glosa:

"Vivo sin vivir en mí,  
Y tan alta vida espero,  
que muero porque no muero.

Aquesta divina unión,  
del amor con que yo vivo,  
hace a Dios ser mi cautivo,  
y libre mi corazón.  
Mas causa en mí tal pasión  
ver a Dios mi prisionero,  
que muero porque no muero.

¡Ay, que larga es esta vida!  
¡Qué duros estos destierros,  
esta cárcel y estos hierros

En que el alma está metida!

Sólo esperar la salida

Me causa un dolor tan fiero,  
que muero porque no muero".<sup>11</sup>

.....

Esta "salida del alma", ¿no se podría representar pictóricamente a través de las formas movedizas y angustiadas (porque casi no son formas) de las obras del Greco?

Aunque Teresa pasó más de un año en Toledo durante la vida del Greco allí, es probable que nunca se conocieran, cada uno en su encerramiento y ensimismamiento. Fueron, sin embargo, producto de una misma época y, más que todo, favorecidos con la visión interior de una realidad espiritual.

"Quizá lo que más asemeja el Greco a Santa Teresa y a los místicos es la forma de expresión. Caracteriza a los grandes místicos el lenguaje escrito... inefable, a veces balbuciente... y absolutamente anti-académico... Theotocópuli da también en sus cuadros mejores, la impresión de pintura inefable, balbuciente y, desde luego, antiacadémica, y por eso su aceptación o su censura están al borde de la crítica habitual de los valores estéticos: pueden rechazarlo los sabios y entusiasmar a la gente de la calle como, en efecto, ha sucedido; y todos tienen razón. Sin embargo, estas cualidades de la expresión mística no las puede lograr el pincel como las expresa la palabra. De aquí la impresión de

esfuerzo doloroso que dan los grandes cuadros del Greco; de esfuerzo invencible y, en su vencimiento está su mayor gloria."<sup>12</sup>

Ha pasado casi la mitad de un milenio; sin embargo el significado de la obra de Santa Teresa y del Greco es real y pertinente. La España del siglo XVI fue la tierra fecunda donde se produjeron estos dos místicos de la pintura y de la literatura. Su mensaje está aún vigente, para nosotros, habitantes del desasegado mundo contemporáneo.

## NOTAS

1. Historia de España, Tomo 4, Marqués de Lozaya, Salvat Editores, S. A. Barcelona, 1968, p. 31
2. Ibid, p. 3
3. Ibid, p. 235
4. El Greco y Toledo, Gregorio Marañón, Espasa - Calpe, S. A. Madrid, 1968, p. 29
- \*5. El Greco, M. B. Cossío, Madrid, 1968, p. 1908, Ip, 245
6. Gregorio Marañón, op. Cit., p. 148
7. Estudios de Historia sobre mística española, H. Hartzfeld, Madrid, 1955 p. 304
- \*\*8. El Greco, Gómez de la Serna R., Madrid (S. A.) p. 132
9. Las Moradas, Santa Teresa, Espasa - Calpe, Madrid 1968, p. 5
10. Ibid, pp. 157-158
11. Poesía Mística, S. Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Jacinto Verdaguer, Barcelona, Ediciones Zeus, 1970, p. 92.
12. Gregorio Marañón, op. cit., p. 201

\*viene de la p. 28 de Marañón que cita a Cossío

\*\*p. 282 que cita a Gómez de la Serna de Marañón

## BIBLIOGRAFIA

1. Blunt, John Henry, Dictionary of Sects, Heresies, Ecclesiastical Parties, and Schools of Religious Thoughts, Gryphon Books, Michigan, 1971.
2. Cossío, M. B., El Greco, Madrid, 1908, I.
3. Gómez de la Serna, R., El Greco, Madrid.
4. Hauser, Arnold, Historia Social de la Literatura y el Arte, II, Cap. VI, El Manierismo, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1954.
5. Marañón, Gregorio, El Greco y Toledo, Espasa - Calpe, S. A., Madrid, 1968.
6. Runes, Dagobert, Diccionario de Filosofía, Ediciones Guijalbo, Barcelona, 1969.
7. Russell, Bertrand, La Sabiduría de Occidente, Aguilar, Madrid, 1964.
8. Santa Teresa, Las Moradas, Espasa - Calpe, Madrid, 1968.
9. Santa Teresa de Jesús, Camino de Perfección, Espasa - Calpe, S. A. Madrid, 1956.